

Trabajo Fin de Grado

Facultad de Filosofía y Letras

Masculinidades Medievales: una lectura cultural

Autor

Pablo Serrano Prieto

Director

Mario Lafuente Gómez

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

2020

Resumen: Para la mayoría de nosotros, hablar de masculinidad en la Edad Media supone reproducir una serie de clichés y comportamientos, vinculados a una imagen concreta instalada con fuerza en el imaginario colectivo. A lo largo de este trabajo, se va a tratar de trazar una imagen más precisa de la masculinidad medieval reivindicando en primer lugar la heterogeneidad masculina del momento. Asimismo, se va a prestar especial atención a la juventud como etapa principal en la formación de la masculinidad, y a los entornos sociales en los que se daba este proceso formativo. Con el fin de profundizar en la heterogeneidad de la masculinidad, se van a desarrollar los esquemas de valores de tres de los arquetipos masculinos más representativos, y que más trascendieron en la cultura de la Europa Occidental Medieval. También se va a poner especial énfasis en el papel que desempeñó la violencia en dichos esquemas de valores y durante los procesos formativos de la masculinidad. De esta forma se intentará establecer un horizonte moral más representativo de lo que fueron las masculinidades medievales y los procesos formativos de las mismas.

Palabras clave: Edad Media, masculinidades, juventud, violencia, familia

Índice

1. Introducción	4
2. Metodología	5
3. Juventud y familia	6
3.1. Entre joven y adulto.	6
3.2 La familia	10
4. Masculinidades y violencia	13
4.1 Masculinidades. Arquetipos predominantes.....	14
4.1.1 El arquetipo del caballero.....	14
4.1.2 La masculinidad en el ambiente universitario	19
4.1.3 La masculinidad en el taller.....	21
4.2 Cultura de la violencia.....	23
5. Conclusión.....	25
6. Bibliografía	27

1. Introducción

Hoy en día, cuando se habla de masculinidad y Edad Media, suele hacerse en base a unas ideas y conceptos artificiales instalados con fuerza en el imaginario colectivo. En un principio por medio de la literatura y más tarde del cine, estas ideas sobre la masculinidad han dado como resultado una perspectiva monolítica y plagada de clichés. Como suele pasar con los estereotipos algo de verdad hay escondida en ellos, pero la realidad resulta mucho más compleja, en especial si hablamos de la masculinidad en el pasado y aún más concretamente si, como es el caso, nos retrotraemos a Edad Media.

Antes de profundizar en el texto, es necesario hacer una serie de aclaraciones para facilitar la comprensión de las ideas del mismo. En primer lugar, hay que desarrollar el concepto de masculinidad, más allá de los clichés y estereotipos. Entendemos la masculinidad como una serie de valores que han ido perfilándose lentamente a lo largo de la historia y que se asocian al hombre. La problemática asociada a la masculinidad surge cuando estos valores se tratan desde una perspectiva inmovilista, no se contempla la evolución ni la pluralidad de dichos valores, es decir, cuando se establece un marco de valores inmutable y universal para definir la masculinidad. Aquello que se entiende como masculino varía enormemente y está sujeto a diversos factores; por supuesto el momento histórico, al perfilarse los valores asociados a la masculinidad con el tiempo, es lógico pensar que se entenderá por masculinidad algo diferente en el pasado que en la actualidad; por otra parte, en cada entorno social, dependiendo de la clase, región, edad, y actividad productiva, los valores que se asocian a lo masculino cambian. Por esta razón hablamos de masculinidades y no de masculinidad.

A lo largo de este trabajo se va a tratar de establecer un horizonte moral de las masculinidades medievales, poniendo especial atención al papel de los jóvenes y la violencia en este esquema de valores. Se identifican tres pilares en los que se va a basar este análisis de las masculinidades; en primer lugar, la importancia de la juventud como proceso de formación de la masculinidad, es decir, cómo los jóvenes asumían los valores masculinos, los reproducían y trataban de alcanzar la masculinidad adulta; por otra parte, los diferentes arquetipos predominantes que se identifican en la Edad Media, las diferencias y similitudes entre estos y cómo los jóvenes se debían adaptar a estos sistemas de valores; y al mismo tiempo, se va a poner especial atención en la

importancia de la violencia como valor central de las masculinidades, identificando diferentes tipos de violencia asociados a los diversos arquetipos que se tratarán.

2. Metodología

Una parte importante del trabajo está planteada desde una perspectiva sociocultural mediante el análisis de los procesos de socialización. Para ello el plano cultural es fundamental, pues es el marco general en el que se desarrolla el individuo, tanto en carácter como en términos de grupo. En este marco cultural se engloban toda una serie de normas y pautas, que modelan la personalidad del individuo y a las que debe adaptarse para ser aceptado en un grupo social determinado. La cultura del grupo hace las veces de guía, establece unas convenciones que son las herramientas para saber cómo actuar, expresarse e interpretar los actos de los demás para así actuar en consecuencia. La cultura es el primer paso para adentrarse en los procesos de socialización de un grupo, y tratándose de una temática tan abstracta como es la masculinidad y su desarrollo, es una vía de estudio imprescindible. Aquí se enmarcaría por ejemplo el análisis de la literatura, las leyes que rigen una sociedad o las formas de socialización.

El siguiente elemento a tratar a la hora de analizar los procesos de socialización es el grupo. En el desarrollo del individuo, el grupo tiene un impacto directo y muy determinante, es el principal agente socializador, y hay por supuesto diferentes grupos; En primer lugar, la familia. La familia ejerce su influencia en las etapas formativas del desarrollo, aunque también las más vulnerables. En el seno familiar, el individuo asume paulatinamente un conjunto básico de ideas, valores, creencias y patrones de conducta, que se transmiten directa e indirectamente de los padres a los hijos. La familia tiene un papel perpetuador. Por estas razones, la familia es el grupo de socialización más importante, y su estudio es imprescindible a la hora de abordar un tema como es el desarrollo de las masculinidades, especialmente en la Edad Media, dadas las escasas fuentes en las que se trata directamente este tema. Otro grupo a tener en cuenta es el grupo de los pares, o grupo de amigos. En este ambiente el individuo no tiene asignado

un status subordinado, como si sucede en la familia, en la que el individuo está subordinado a la autoridad de sus progenitores.¹

Los principales objetivos del trabajo son determinar los valores asociados a cada tipo de masculinidad, analizar cómo los jóvenes se adaptaban a estos valores para llegar a convertirse en hombres e identificar la violencia en estos esquemas de valores para valorar el peso de la misma en lo que se consideraba masculino.

3. Juventud y familia.

3.1. Entre joven y adulto.

A lo largo de la vida se atraviesan etapas diferentes y consecutivas, hoy en día tenemos bastante delimitadas estas etapas y el status que adquiere una persona al alcanzarlas. A pesar de eso dibujar una línea definida entre la juventud y la edad adulta resulta complejo incluso en la actualidad, pues, aunque al cumplir 18 años legalmente se es mayor de edad, no se posee el estatus social de adulto, que se gana con el tiempo. Si nos retrotraemos a la Edad Media la tarea se complica enormemente. No abundan las fuentes que aborden este tema directamente, y por esta razón hay que extraer de fuentes que no necesariamente toquen el tema, por medio del análisis y la interpretación, la imagen que se tenía de la juventud y la masculinidad.

En primer lugar, hay que concretar qué se entendía por juventud en la Edad Media, tanto en términos temporales, una etapa de la vida, como en términos sociales, qué status se ocupa y qué rol se desempeña dependiendo de la etapa vital. De esta forma, aunque no se elabore un marco temporal concreto, se pueden establecer una serie de factores socioculturales que sean imprescindibles para que una persona fuera considerada adulta. Entendemos como hombre adulto aquel que reúne una serie de condiciones de estatus y roles que ha alcanzado con el tiempo, es entonces cuando ha desarrollado plenamente su masculinidad.

En la Edad Media la edad adulta estaba asociada al hombre, a la masculinidad, en términos socioculturales, y no tanto a una edad concreta. En algunas actas notariales ni

¹ Trinidad Requena de Ussel, Julio y Antonio Iglesias (coord.), *Leer la sociedad. Una introducción a la Sociología general*, Tecnos, Madrid, 2010 (ed. or. 2005).

siquiera se apunta la edad concreta del joven al que se referencia. Esto sucedía en testamentos o actas similares en las que aparecían jóvenes, pero no se les nombraba por su nombre completo, sino como “hijo de...” en referencia a sus progenitores, al paterfamilias. De alguna forma existen similitudes en ese sentido entre el mundo de las mujeres y el mundo de los jóvenes, pues ellas eran consideradas menores de edad toda su vida, y cuando se las citaba en actas de este tipo se les referenciaba como “hija de...”, “mujer de...”. Las etapas de juventud previas a la adultez se caracterizan principalmente por la subordinación del joven a su progenitor, a la figura de autoridad máxima en el núcleo familiar, el paterfamilias. Y seguía siendo así hasta que la integración del joven en su entorno socioeconómico estaba completa, esto implica independencia a nivel económico y la formación de un núcleo familiar propio.²

Una vez establecido el horizonte aproximado en el que un joven pasa a ser adulto hay que hacer alguna aclaración. El hecho de que un joven no se considerase como un hombre en su plenitud, no significa que hasta ese momento (entre los 20-30 años de edad) fuese visto casi como un niño. En la actualidad, se tiende a asociar la adolescencia más a la infancia, y esa etapa de transición hacia la adultez se establecería a partir de los 20, pero en la Edad Media era diferente. La adolescencia, entendida como pubertad biológica, se consideraba un primer paso a la edad adulta y completamente diferenciada de la infancia, en la que el individuo ya tenía cierta responsabilidad, normalmente ya trabajaba o era aprendiz de algún oficio.³

Desde la infancia hasta que un joven era considerado adulto, el individuo se veía expuesto a una serie de elementos socioculturales que iban poco a poco forjando su masculinidad, y a los cuales debía adaptarse para llegar a ser considerado hombre.

La infancia como etapa vital comprende aproximadamente hasta los 10-14 años, y varía entre chicos y chicas. Aunque esta sea una etapa en la que las diferencias de género no son abismales, aquellas se comienzan a fraguar en estos momentos y posteriormente se van incrementando. Una forma de analizar los elementos que desde la infancia van perfilando el desarrollo de las masculinidades es por medio de los juegos y juguetes. Silvia Alfonso Cabrera, en su artículo “Juegos y juguetes en el arte medieval”

² Elisabeth Crouzet-Pavan “Una flor del mal: los jóvenes en la Italia medieval (siglos XII al XV)” en Giovanni Levi y Jean-Claude Schmitt (coord.) *Historia de los jóvenes I. De la antigüedad a la Edad Moderna*, Taurus, 1996, pp. 221

³ Ruth Mazo Karras, *From boys to men. Formations of masculinity in Late Medieval Europe*, University of Pennsylvania, Philadelphia, Penn, 2003, pp. 13

aborda, por medio del arte, el papel didáctico de los juguetes y los juegos en la infancia, cómo son un elemento que tiende a perfilar el desarrollo de los roles de género.⁴ Un elemento que sobresale en el artículo de Alfonso Cabrera es el caballito de madera. Se trata de uno de los juguetes más recurrentes a la hora de representar niños, era muy popular en la Edad Media, aunque no era el único, y solía aparecer junto a un molinillo alargado que hacía las veces de lanza. Estos juguetes permitían a los niños empatizar muy jóvenes con elementos propios de la cultura caballeresca y contribuyeron a que esta masculinidad se instalase con semejante fuerza en el imaginario colectivo. También resulta interesante como los niños jugaban en grupo, pues era muy común que jugasen a guerras y a justas. No es casualidad que los niños reprodujesen en sus juegos los rituales de masculinidad de los adultos. De esta forma los jóvenes también empezaban a corta edad a integrarse en el sistema de valores de la masculinidad caballeresca a nivel de grupo, no solo individualmente. El papel del grupo en el futuro desarrollo de los roles y de las formas de relacionarse era fundamental.

Las relaciones de grupo comienzan a forjarse en la niñez, como sucede en el caso anterior de los juegos de justas entre niños. Se van sentando las bases del sistema de valores en torno a la masculinidad y la violencia. Estas formas de imitación de los roles adultos entre los jóvenes son naturales y se van sucediendo a lo largo de la juventud. En este momento vital los grupos de pares, los grupos de amigos o bandas, tienen un peso muy importante a la hora de aprender y perpetuar dinámicas de socialización. Durante la Edad Media, eran muy comunes las asociaciones juveniles, y las bandas también. Existen muchos casos registrados desde el siglo XIII en diversos lugares de la península de asociaciones de jóvenes que reproducían los sistemas jerárquicos de los adultos en sus propios grupos, y desempeñaban ciertas funciones que fueron variando en el tiempo. Hablamos de los reyes pájaro. La figura del rey pájaro estaba bastante extendida por diversas zonas de la península, como Cataluña, Aragón o el Levante, y era clave en la formación de asociaciones juveniles. El rey pájaro la figura líder del el grupo, era elegido entre los jóvenes de la localidad e ilustra claramente la reproducción juvenil de dinámicas de socialización y jerarquías masculinas adultas. Estas asociaciones estaban fomentadas por las administraciones locales y tenían muchas veces la labor de organizar las festividades de la localidad. Para ello, se les permitía recaudar fondos entre los

⁴ Silvia Alfonso Cabrera, "Juegos y juguetes infantiles en el arte Medieval", Universidad Complutense de Madrid, Departamento de Historia del Arte I (Medieval), 2016

vecinos, por medio de cuotas y donativos, pero en muchas ocasiones se producían conflictos a raíz de estas colectas, ya fuese entre diferentes asociaciones o por extorsiones de los jóvenes para obtener financiación. Un caso que ejemplifica estas situaciones es el conflicto que surgió entre los jóvenes de los municipios zaragozanos de Pastriz y El Burgo, a comienzos del s XVI. Se produjeron diversos enfrentamientos entre estos jóvenes debido a desacuerdos en las demarcaciones de las áreas de estas asociaciones, incluso llegaron a pelear por algún territorio. Los juzgados de Zaragoza tuvieron que intervenir en el conflicto. Este es un claro ejemplo de cómo los grupos juveniles no solo imitan las jerarquías de sus mayores, sino también la forma de relacionarse con otros individuos de su entorno. Como si de un conflicto entre reinos se tratase, cada grupo al ver amenazado lo que consideraban su territorio reaccionan de forma violenta.⁵

Con el fin de acercarnos un poco más a la percepción que se tenía de los jóvenes, la perspectiva de una mujer de la época, culta y poderosa, resulta de gran ayuda. Hablamos de Doña María de Castilla, reina de Aragón (1401-1458). García Herrero en su obra *Los jóvenes en la Baja Edad Media. Estudios y testimonios* dedica un capítulo a analizar la correspondencia de la reina y su visión de la juventud.⁶ La reina era conocida por su papel de mediadora en conflictos de diversa índole, y muchos de estos estaban relacionados con los jóvenes. Según la correspondencia de la reina, la juventud era una etapa vital flexible y moldeable, en la que las conductas inadecuadas podían ser enderezadas, a diferencia de la edad adulta en la que para ella, estas conductas ya no tenían remedio, como sucede con el caso del abad de Banyoles.⁷ En Tortosa, en 1447, la reina aborda la problemática que rodea al abad, al que se le achacaban numerosos escándalos y una muy mala fama. En este caso, la reina no veía otra solución al conflicto más que la muerte del abad, dada la avanzada edad del mismo y la perversidad de sus actos no creía en una posible redención del abad. En el hipotético caso de que una problemática similar se hubiese dado con un joven, su juicio habría sido más benigno y habría contemplado la posibilidad de redención para el joven en cuestión.

⁵ María del Carmen García Herrero, *Los jóvenes en la Edad Media. Estudios y testimonios*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2018, pp. 151-159

⁶ María del Carmen García Herrero, “Los varones jóvenes en la correspondencia de Doña María de Castilla, reina de Aragón”, en *Los jóvenes*, pp. 211-256

⁷ María del Carmen García Herrero, “Los varones jóvenes” en *Los jóvenes*, pp. 212

El matrimonio jugaba un papel muy importante en la juventud, que no solo era percibido como un paso hacia la madurez, en muchas ocasiones constituía un final honroso para una juventud disoluta. La reina María era muy partidaria del uso del matrimonio con este fin, para enderezar hacia la madurez a muchos jóvenes, y en varias ocasiones hizo las veces de celestina, facilitando el matrimonio de jóvenes que necesitaban enderezarse. Esto fue precisamente lo que sucedió en el caso del caballero o mosén (título que se daba a los nobles de segunda clase en el antiguo reino de Aragón) Guillem Ramón, al cual propuso un matrimonio con la viuda de otro mosén, Juna Ruiz de Moros.⁸ De esta forma vemos como la juventud era vista como una etapa vital de aprendizaje y construcción de la masculinidad, en la que se permitían ciertos comportamientos que en edades más avanzadas eran inadmisibles.

3.2 La familia

La familia es el principal agente de socialización. En su seno, al individuo se le inculca un marco concreto de convenciones socioculturales, que responden, en mayor o menor medida, a la sociedad del momento. El niño aprende los modelos de conducta básicos en su núcleo familiar y tiende a reproducir muchas de las actitudes de sus progenitores. La propia estructura de la familia ya es un factor determinante en cuanto a la reproducción de roles y perpetuación de los mismos. Desde la sociología se ha tratado largo y tendido el papel de la familia como pieza fundamental de las estructuras sociales, y aplicado a la historia, el análisis de la familia resulta especialmente útil.

Cuando hablamos de la familia en la Edad Media, hablamos por supuesto de un modelo familiar completamente heteropatriarcal, en el que los miembros de la familia están subordinados al padre, paterfamilias, que es el cabeza de familia. El hombre tenía bajo su responsabilidad el comportamiento de quienes dependían de él, el resto de la familia: mujer hijos e hijas, pero también sirvientes si los hubiera, o aprendices si se trataba de un maestro de taller. Por una parte, el padre era responsable de la familia, pero al mismo tiempo sus miembros se encontraban bajo su dominio.

En este contexto familiar surge en la Baja Edad Media la marital corrección. María del Carmen García Herrero en su artículo “La marital corrección; un tipo de

⁸ María del Carmen García Herrero, “Los varones jóvenes” en *Los jóvenes*, pp. 215

violencia aceptado en la Baja Edad Media”, profundiza en esta figura legal, y estudia mediante numerosos casos cómo se entendía y aplicaba la marital corrección en la Edad Media.⁹ La marital corrección era una fórmula jurídica que recogía el derecho del marido a maltratar, física y psicológicamente a la mujer, aunque también ese derecho fuese extrapolable al resto de la familia, con el fin de corregir su comportamiento. La violencia en la Edad Media podía tener un carácter correctivo en el ámbito educativo, de hecho, muchos autores de la época consideraban que no se podía educar bien a un niño sin usar violencia. Esta lógica del uso de la violencia se extendía también al matrimonio en la forma jurídica de la marital corrección, y se justificaba en la educación y correctivo a la mujer. Al tener la violencia, según este discurso fines educativos, debía aplicarse racional y limitadamente. Es decir, que en la teoría la violencia debía de aplicarse desde la razón y con proporcionalidad. La práctica, tal y como García Herrero expone, era muy diferente, muchos hombres se agarraban a la marital corrección para ensañarse brutalmente con sus mujeres, llegando en muchos casos incluso al asesinato. De hecho, en estos casos de asesinato, la marital corrección era un atenuante a ojos de la ley. La violencia estaba muy presente en la familia medieval y era ejercida por el hombre, independientemente del arquetipo de masculinidad que encarnase. De esta forma nos encontramos con que muchos jóvenes crecían en ambientes en los que se les iba inculcando la violencia como un elemento natural, necesario y vinculado a la masculinidad. Se podría decir que la violencia contra la mujer y el dominio de la misma es un elemento característico en la familia medieval, y determinante a la hora de analizar la cultura de la violencia masculina.¹⁰

La estructura patriarcal de la sociedad no solo se regía por la subordinación de la mujer al hombre, sino también por complejas dinámicas sociales de subordinación entre hombres. La subordinación entre hombres estaba muy presente en la sociedad medieval, era un elemento básico de las dinámicas sociales del patriarcado. Las relaciones paterno-filiales ejemplifican a la perfección las estructuras jerárquicas masculinas, y para acercarnos a esta realidad, el caso de Guillermo I el conquistador y su hijo mayor resulta muy ilustrativo.¹¹ Mediante el estudio de la relación entre ambos, nos acercamos

⁹ M.C García Herrero, “La marital corrección: un tipo de violencia aceptado en la Baja Edad Media”, Zaragoza, *Clio & Crimen*, nº 5 (2008), pp. 39-71

¹⁰ M.C García Herrero, “La marital corrección”, Zaragoza, *Clio & Crimen*, nº 5 (2008), pp. 39-71

¹¹ William M. Aird “Frustated Masculinity: the relationship between William the Conqueror and his Eldest Son”, en Dawn Hadley (ed.) *Masculinity in Medieval Europe*, New York, Routledge, 1999* 2014, pp. 39-55

a los roles que se esperaba que desempeñaran cada uno en la sociedad Normanda del siglo XI. Según autores del momento, en especial Oderic en su "*Oderic vitalis*", la ruptura fue motivada por la impaciencia de Robert al intentar alcanzar unas cotas de poder a las que creía tener derecho. El conflicto se planteó desde una perspectiva de conflicto de poder entre dos individuos, pero como William M. Aird expone, va más allá. Antes de ser dos contendientes en una lucha de poder, William y Robert tenían una relación padre e hijo. Esto implica la subordinación del hijo al padre, del joven al cabeza de familia, que en este caso no solo era cabeza de familia, sino que era también rey. Por esta razón Robert fue tan criticado por los autores de su época, Oderic en especial. En ese sentido, es cierto que Robert rompe con la conducta de obediencia y respeto propia de un hijo, que viene directamente de la Biblia, pero para entender las raíces del conflicto, hay que analizar su rol de joven y de heredero.

Robert, como cualquier joven de su época, buscaba alcanzar el status de hombre adulto plenamente desarrollado en términos de masculinidad. Según William M. Aird, eran tres factores los que definían el estado de la plena masculinidad adulta en la sociedad aristocrática normanda del s XI; en primer lugar, el acceso al poder; luego la formación de una casa, un núcleo familiar propio; y por último el reconocimiento público del status alcanzando. Vemos claramente como Robert buscaba un espacio de poder ajeno a la autoridad de su padre. Aunque sí que ocupó algún puesto de poder, en el condado de Maine y temporalmente en el ducado de Normandía, el papel que pudo tener en la toma de decisiones fue mínimo y subrogado a su padre. En repetidas ocasiones le pidió a su padre que le concediese el ducado de Normandía, aunque este siempre se negó categóricamente. Al negarle un espacio propio en el que ejercer su autoridad y poder, también se le negó la posibilidad de establecer una casa propia y un núcleo familiar, ya que al no tener un espacio propio de poder en el que pudiese ejercer su propia autoridad, no podía ostentar la posición de paterfamilias. Y al no haber alcanzado ninguno de los objetivos anteriores, tampoco podía obtener el reconocimiento público de su masculinidad. Por estas razones se habla de que William I frustró la aspiración de su hijo de alcanzar la plena masculinidad.

Por otro lado, parece que la intención de William era mantener su patrimonio e influencia, que había ganado duramente en la guerra, indivisible el mayor tiempo posible y legarlos a alguno de sus herederos por completo, no dividirlos entre sus tres hijos. Hay que poner en contexto las aspiraciones de William, que estaban

estrechamente vinculadas a los procesos expansivos de los reinos del occidente europeo medieval. Las intenciones de William, en un inicio no tenían por qué estar enfrentadas a las de su hijo, pero en aquellos momentos era de vital importancia llegar al próximo monarca un reino poderoso, unido y con posibilidades de expansión.

Una vez analizada la posición de ambos hombres, sus aspiraciones y lo que se esperaba de ellos, resulta natural que Robert se revelase contra su padre, pues era el mayor entre sus hermanos, y el que antes se supone que debía alcanzar la plena masculinidad. De la misma forma que también tenía sentido que William no cediese ante ninguna petición que supusiese la división de su reino.

Como resultado de este enfrentamiento de modelos de masculinidad, el padre que se agarra a su status completo y el hijo que busca los medios de poder y autoridad para confirmar su propia masculinidad, se produce el conflicto violento, que desencadena una guerra entre ambos. Al ser una situación de conflicto entre un rey y su heredero no es completamente extrapolable a otros casos, pero resulta representativa a la hora de analizar la relación personal entre un padre y un hijo. El hijo en su afán por alcanzar la madurez se ve obligado a presionar la posición de su padre, mientras este, por su condición de paterfamilias, se agarra a su autoridad sobre el núcleo familiar para mantener su autoridad. El hijo se enfrenta a un dilema. Por un lado, el hijo debe ceñirse a la moral de su tiempo, a respetar y obedecer a su padre tal y como dicen las escrituras, pero por otra parte se espera del hijo que madure y alcance el status masculino de hombre que en teoría le corresponde. Nos encontramos ante una situación que pone de manifiesto la subordinación de una masculinidad a otra, y esta realidad sí que es extrapolable a muchas situaciones de conflicto entre masculinidades, y no necesariamente en el ámbito familiar, que eran muy comunes en la Edad Media.

4. Masculinidades y violencia

Como ya hemos visto, la masculinidad no era universal, había diversas formas de ser considerado hombre, con diversos esquemas de valores que configuraban un arquetipo masculino u otro. Había diversas formas de ser considerado varón, y cada una se conseguía adaptándose a unos roles concretos inculcados durante la infancia y la

juventud, y alcanzando un status determinado en la sociedad. Hasta ahora, nos hemos centrado en el desarrollo general de la masculinidad durante la juventud, el proceso por el cual los jóvenes alcanzaban la madurez de su género. Pero en este capítulo, pondremos el foco en las masculinidades más representativas, las que más peso e influencia tuvieron durante la Edad Media. Ruth Mazo Karras, en su obra *From boys to men: Formations of masculinity in Late Medieval Europe*,¹² se centra en tres arquetipos concretos de masculinidad que tuvieron durante la Edad Media un peso fundamental. En primer lugar, la masculinidad asociada a la caballería; luego, la masculinidad asociada a la universidad, a la figura del erudito; y por último, la masculinidad asociada a los artesanos y gremios urbanos.

4.1 Masculinidades. Arquetipos predominantes

4.1.1 El arquetipo del caballero

Cuando hoy en día se habla de la Edad Media, la imagen más recurrente es la del caballero. El arquetipo del caballero ha trascendido como el principal modelo de masculinidad medieval y con él, los valores asociados al mismo. A lo largo de la Edad Media, la posición de caballero está lejos de ser monolítica, evoluciona, y tiene connotaciones diferentes en el siglo X u XI que en la Baja Edad Media. De la misma forma que hay que tener en cuenta la evolución temporal de la caballería, también es relevante la influencia de la literatura en la imagen que ha trascendido de la caballería. Muchos de los valores e ideales que se le atribuyen a la figura del caballero hoy en día, se nos han transmitido distorsionados por la literatura y más recientemente por el cine, y aunque tengan sus bases en la realidad de aquel tiempo, también sujeta a la influencia de la literatura.

Antes de abordar el esquema de valores concreto asociado a la caballería, es necesario desarrollar brevemente cómo se da la evolución de la caballería durante la Edad Media. La caballería como institución en Europa comienza a forjarse en torno al año mil, en este momento, la caballería estaba menos definida y era más voluble, asociada muy fuertemente al entorno militar. En un inicio, la figura del caballero se limitaba al entorno militar, a un hombre acorazado en armadura. Aunque esto implicase cierto estatus asociado a las clases dominantes, carecía de toda la ideología épica que

¹² Ruth Mazo Karras, *From boys to men. Formations of masculinity in Late Medieval Europe*, University of Pennsylvania, Philadelphia, Penn, 2003,

rodea a la caballería en la Baja Edad Media. Fue durante los siglos XII y XIII aproximadamente cuando empiezan a proliferar relatos heroicos caballerescos en toda Europa y se establece en el imaginario colectivo la figura del caballero que conocemos. Algunos de estos relatos han trascendido hasta la actualidad, como *El cantar de Roldán* (siglo XI), *El cantar del mío Cid* (siglo XII), o la *Leyenda arturiana* (siglo XII). La construcción de la caballería fue progresiva y sucedió en un amplio periodo de tiempo. Llegados a los siglos XIV y XV la caballería estaba plenamente instalada como una cultura masculina predominante, pero se alejó un poco del mundo militar, aunque siguiese en su ADN, y se convirtió en un status social más vinculado a la política y al entorno aristocrático.¹³

Para profundizar en el esquema de valores que conforma la masculinidad caballeresca, el devenir que sufrió el personaje literario y casi mítico de Sir Gawain resulta muy ilustrativo. Juan Carlos Montero Villarejo en su artículo “Sir Gawain and the Green Knight: de las artes venandi al romance caballeresco”, analiza el devenir de este personaje en la literatura y cómo se le retrató en cada momento.¹⁴ Se centra en la reivindicación moral del personaje en el siglo XIV y, concretamente, en la obra de *Sir Gawain and the Green Knight* y su profunda relación con las artes venandi y la caza. Los orígenes del personaje se remontan a la tradición céltica, y desde un primer momento estaba ligado a la figura del rey Arturo. Las primeras imágenes que nos llegan de él responden a la tradición celta; se le representa en algunas obras como un soldado leal, intrépido y brutal en la batalla.¹⁵ La figura del héroe poco a poco va evolucionando hacia los valores morales de la cultura cortés y termina siendo la encarnación del refinamiento, la belleza física, la virtud caballeresca, aunque sin perder la destreza militar que lo caracterizaba. Este cambio que sufre el personaje, ilustra la evolución que sufren los valores de la masculinidad caballeresca hacia las esferas aristocráticas y el refinamiento. Aunque la transformación del personaje no se queda allí, va más allá. Gawain se representa más mundano, movido por la búsqueda de honores y elogios, entrando de lleno en la cultura cortés y el romance caballeresco. En este ambiente, aunque la mujer tenga más relevancia que antes, queda relegada a ser un medio para que el caballero pueda hacer honores al rescatarla y ensalzar su propia masculinidad ante

¹³ Mazo Karras, pp. 23

¹⁴ Juan Carlos Montero Villarejo, “Sir Gawain and the Green Knight y la restauración literaria de un héroe artúrico: de las artes venandi al romance caballeresco”, *Anteojos de estudios Clásicos, Medievales y Renacentistas*, vol. 15, Santiago, 2018, pp. 38-90

¹⁵ J.C. Montero Villarejo, *sir Gawain*, pp. 40, Geoffrey de Monmouth (1138) *Historia Regum Britanae*.

otros hombres al conquistar el corazón de la mujer. Gawain desempeña ese papel, pero en algunas obras durante el siglo XIII se atribuyen a su personalidad algunos valores negativos; un horizonte cínico, ambiguo, que roza la villanía.¹⁶ En esta obra, Gawain motivado por la envidia hacia Lancelot intenta engañar a la reina para ponerla en contra de este, que termina asesinando al hermano de Gawain. El ahora antagonista Gawain, presa de la ira, trata de vengarse por todos los medios de Lancelot, que le termina dando muerte. Gawain pasa a representar aquello que el caballero debe evitar, la ira ciega e irreflexiva y la debilidad ante los impulsos, se convierte en un modelo negativo, que en cierto sentido encarna algunos de los valores más negativos asociados a la juventud, lo que resulta llamativo.

Según Montero Villarejo, este proceso de desvirtualización al que se ve sometido, responde a motivos políticos de la época. El dominio del reino inglés sobre el resto de reinos de la isla británica va acentuándose desde el siglo XII, pero no solo militarmente, sino también culturalmente. Gawain era un héroe mítico de tradición celtica, con mucha presencia en Gales, y, como parte de su campaña de supremacía cultural, en Inglaterra le atribuyen algunos valores negativos opuestos a los códigos de caballería.¹⁷ Como respuesta a este ataque cultural, surgen una serie de poemas e historias protagonizadas por Gawain, con el fin de restaurar la moral del héroe. Montero Villarejo centra su estudio en un poema en concreto, *Sir Gawain and the Green Knight* (siglo XIII). En el relato, Gawain se ve obligado a emprender un viaje en busca del Caballero Verde y aparte de los clásicos retos que en los romances de caballero debía enfrentar, valerosos combates contra bestias y malvados, en esta ocasión el héroe afronta una prueba a su moral, resistiendo la seducción de la esposa del Caballero Verde. En este relato se ensalza una heroicidad que difiere un poco de la clásica asociada a la caballería. Aunque en el transcurso de su viaje Gawain demuestre su valor y destreza en el combate, el culmen de la heroicidad se alcanza mediante la rectitud moral, el dominio sobre los apetitos y su entrega a Dios para evitar la tentación. En esta nueva etapa literaria del héroe, se reflejan en él nuevos elementos del esquema de valores de la masculinidad caballerescas.

Mediante el ejemplo de sir Gawain, se puede establecer una imagen bastante aproximada del conjunto de valores que formaban el ideal de masculinidad caballerescas

¹⁶ J.C. Montero Villarejo, *Sir Gawain*, Anónimo, *Stainzaic Monte Arthur* (1141), pp. 46

¹⁷ J.C. Montero Villarejo, *Sir Gawain*, pp. 49

en el imaginario colectivo medieval. En un principio se le considera leal, intrépido y temible en el combate, estos son unos atributos que sientan las bases ideológicas de la caballería. Progresivamente se añaden nuevos valores a la caballería vinculados a la cultura cortés, como la belleza física y el refinamiento, pero sin desvincularse de la violencia y el campo de batalla. Finalmente, se incorporan a la figura de Gawain el autocontrol y la rectitud moral, valores que también pueden ser extrapolables a los valores de la caballería. A pesar de que son numerosos los elementos a tener en cuenta en este esquema de valores de la masculinidad caballeresca, el pilar central imprescindible para el caballero sigue siendo la violencia. Ningún héroe en un romance caballeresco se mostraba frágil o débil en combate, incluso en los casos en lo que Gawain desempeñaba el papel del villano, seguía apareciendo como un temible adversario. Si en una historia apareciese un caballero débil sería en todo caso para ridiculizarlo, como sucede en *El Quijote*, salvando las distancias. Esto nos lleva a deducir que un caballero que no fuese hábil en combate tendría sin duda menos reconocimiento y peso que el resto, pues el *late motive* de la caballería siempre fue el combate.

Aunque el arquetipo de la masculinidad caballeresca fuese el más presente en el imaginario colectivo medieval, no significa que fuese el mayor exponente de la masculinidad. Podría parecer que es así, pues concentra numerosos valores asociados a la masculinidad en torno a la violencia y la autoridad como elementos centrales. Pero más allá de la figura del caballero, nos encontramos con otra figura que, bien sea por la autoridad que ostenta o por todo aquello que representa, podría ser el mayor exponente de masculinidad en la Edad Media. Hablamos de la figura del rey. La figura del rey, más allá del poder político que implicaba, tenía una serie de valores asociados a los que el rey debía ceñirse para ser considerado un buen rey. La virilidad del rey era diferente a la del resto de hombres, la cuestión es en qué aspectos era distinta. Christopher Fletcher, en su artículo “Virilidad, dignidad regia y lo público en la Inglaterra bajomedieval”, se plantea esta cuestión y la aborda mediante el análisis de la opinión pública del momento con respecto al reinado de diferentes monarcas.¹⁸ Para establecer el marco moral en el que debía habitar un rey se centra en las críticas a las que estaba expuesto. Un elemento que resulta imprescindible para dibujar un marco aproximado es la dualidad del

¹⁸ Christopher Fletcher, “Virilidad, dignidad regia y lo público en la Inglaterra bajomedieval”, *Anales de Historia Antigua, Medieval y Moderna*, vol. 47, 2013, pp. 45-66

monarca. Por una parte, el monarca, como cualquier hombre, estaba sujeto a una serie de valores masculinos que debía cumplir para ser bien visto por sus súbditos, pero, al mismo tiempo, la legitimidad del rey venía dada por Dios, lo que le confería un carácter divino al que también debía estar sujeto. De esta forma, se reúnen dos naturalezas en una misma figura, la faceta varonil y la divina.

Desde la perspectiva clerical, recogida en sermones, obras devocionales y manuales para monarcas, el rey debía regirse por el virtuosismo, la racionalidad y sobre todo el autocontrol “el hombre perfecto era aquel que tenía grandes impulsos, pero los controlaba”.¹⁹ Esta visión encarnaría en cierto sentido la faceta más divina del rey, y obviamente, el clero era especialmente susceptible a esta naturaleza y duramente crítico cuando consideraba que el rey se salía de este marco. Por otra parte, el rey era un hombre y también se debía a los estándares masculinos, al menos hasta cierto punto. Desde esta perspectiva masculina, la fuerza, la vigorosidad y la perseverancia eran valores muy importantes en la construcción de la figura del rey, y se tenían muy en cuenta a la hora de valorar a un rey. Cuando se hablaba del vigor de un rey, se hacía referencia a la capacidad del rey de enfrentar las afrentas contra él y contra el reino, y su capacidad de ejercer la violencia legítima, la guerra, y triunfar. Aunque iba algo más allá del ámbito militar, también hacía referencia a la capacidad del rey de engendrar herederos. Cuando se consideraba que el rey actuaba con poco vigor despertaban las críticas; normalmente, esto sucedía cuando el rey estaba falto de resolución, cuando dependía en gran medida de sus consejeros, o sufría fuertes derrotas militares, como le sucedió a Enrique VI.²⁰

Al igual que sucede con la masculinidad caballeresca, la violencia y la lucha tienen un papel importante en la figura del rey. En este sentido ambos arquetipos comparten un horizonte común vinculado a la figura del hombre vigoroso físicamente, del guerrero. Pero algunos elementos que eran considerados masculinos, no solo para el caballero sino para la masculinidad en general, no encajaban en un rey. Esto sucede en el caso de Eduardo II, que analiza Fletcher. El rey tenía toda una serie de comportamientos que si se hubiesen dado en alguno de sus súbditos habrían sido perfectamente masculinos, pero que fueron duramente criticados, llegando incluso a dañar profundamente el honor del rey. La imagen transmitida de Eduardo es la de un

¹⁹ C. Fletcher, “virilidad, dignidad regia”, pp. 51

²⁰ C. Fletcher, “virilidad, dignidad regia”, pp. 57

joven fornido y atractivo, la viva imagen del vigor masculino. En ese sentido se adaptaba perfectamente al ejemplo de hombre masculino, pero fue muy criticado por su moral frágil. Se decía que el rey era desenfrenado, irreflexivo, iracundo, también se decía que no apreciaba la compañía de nobles y que se pasaba el día bebiendo y ofreciendo banquetes a gentes de clase baja. Algunos de estos elementos, si se hubiesen dado en un joven cualquiera, habrían sido o pasados por alto o atribuidos a su juventud y considerados normales, pero no se adaptaban al marco al que se debía ceñir como rey, y eso le hizo mucho daño a su figura. En concreto, según Fletcher, fue el poco respeto hacia el honor y las jerarquías sociales lo que más críticas motivó, especialmente entre la aristocracia.

La figura del rey era ciertamente compleja, pero el hecho de que fuese la figura de mayor poder y más relevante también le dejaba expuesto a todos los estratos sociales. Por ese motivo el rey se podría considerar el mayor exponente de masculinidad. Al estar bajo el juicio de todos, diferentes tipos de masculinidad juzgan bajo su propio marco de valores, a los que debe adaptarse para ser un buen rey. El ideal de rey sintetiza muchos de los valores que se consideran positivos en la Edad Media.

4.1.2 La masculinidad en el ambiente universitario

Como ya hemos visto, la masculinidad no era homogénea, y aunque el arquetipo del caballero fuese el que más ha trascendido de la Edad Media, había otras formas de ser hombre. Ahora, siguiendo el esquema de masculinidades planteado por Ruth Mazo Karras en su obra *From boys to men: Formations of masculinities in Late Medieval Europe*, pasaremos a analizar la masculinidad en el ambiente universitario. El marco de valores de esta masculinidad se centra en la razón y en base a esta el hombre se define por oposición a la mujer y a las bestias. A diferencia del arquetipo masculino del caballero, la confirmación de la masculinidad no se hacía por medio de la fuerza, sino por medio de la razón. La dominación entre hombres se llevaba a cabo demostrando una mayor educación, mediante la discursiva e inteligencia. En cuanto al papel de la mujer en este marco de valores se ve reducido con respecto al caso anterior, que ya era escaso.

La ausencia de mujeres en la universidad estaba presupuesta y era incuestionable, aunque las mujeres también tenían acceso a la educación, por otros medios y en menor

grado, pero la universidad se trataba de un ambiente únicamente masculino. Por esta razón, la masculinidad solo se ponía a prueba frente a otros hombres, y no frente a hombres y mujeres, como sucedía en la caballería con el romance cortesano. El caballero debía probar su valía, su hombría, frente a la dama y otros caballeros mediante actos heroicos que confirmasen su masculinidad. Esta era una situación recurrente en el mundo intelectual masculino medieval y se encuentra estrechamente vinculada con el papel de la iglesia en la universidad. Las universidades estaban a cargo de la iglesia y muchos de los alumnos se preparaban para la vida eclesiástica. La oposición a la mujer resulta un pilar central en esta masculinidad, y ciertamente así se reflejaba en las normativas de las universidades. El ejemplo del Real Colegio Mayor de San Clemente de los Españoles, en la universidad de Bolonia, y el College of St. Ruth en Montpellier resulta revelador, pues llegaron a prohibir la entrada de cualquier mujer a la universidad argumentando que “la mujer es el pecado original, el arma del diablo, la expulsión del paraíso y la corrupción de la ley antigua”.²¹ A pesar de esto, cierto contacto entre alumnos y mujeres era inevitable, pues a diferencia de las comunidades monásticas las universidades se encontraban en centros urbanos muy poblados y aunque el contacto no fuese diario no era tampoco extraño.

En este ambiente, los alumnos y maestros desarrollaban su vida sexual fuera de la universidad, aunque desde la universidad como institución se instase a la virtud o a la castidad. Esta realidad se aprecia también en las normativas de las universidades y las ciudades; En el siglo XIII en París, el oficial castigaba a los estudiantes que “hiriesen, matasen, secuestrasen mujeres, violasen vírgenes, allanasen hogares y cometiesen robos u otros excesos”.²² Tras esta normativa, queda patente un importante problema de violencia sexual y vandalismo por parte de los alumnos, que recordemos, eran jóvenes. La prostitución era muy común en ciudades universitarias, y estaba bastante vinculada a la vida de los estudiantes y maestros. Las universidades no prohibían directamente que se mantuviesen relaciones, se centraban en no permitir que se llevasen mujeres a la universidad y en que sus alumnos evitasen lugares como tabernas o prostíbulos. Según Mazo Karras, las universidades buscaban proteger su nombre y reputación como institución, más que imponer el celibato, de hecho, apunta a que esta faceta sexual tenía mucho peso en el ambiente universitario. La mujer quedaba relegada a un objeto

²¹ R. Mazo Karras, “From boys to men”, pp.80

²² R. Mazo Karras, “From boys to men”, pp. 77

mediante el cual el varón, especialmente joven, demostraba su masculinidad frente al resto del grupo. Como ya hemos visto, en la cultura caballeresca el caballero competía frente a otros hombres mientras trataba de ganarse el amor y aprobación de la dama, aunque fuese un medio de confirmación de la propia masculinidad. En este ámbito la mujer era un objeto sexual. El hombre no buscaba la aprobación de la mujer, simplemente era un objeto legitimador de la virilidad mediante el sexo. La masculinidad se definía no solo por la razón, también por la negación de la feminidad y el ataque a la misma por medio de la prostitución, la violencia y la violencia sexual.

Nos encontramos con que convivían en un mismo marco masculino una sexualidad activa, incluso agresiva, y la idea de racionalidad y moderación de las pasiones, que tan en valor se ponía. Aunque fuesen valores opuestos no eran incompatibles y de hecho cohabitaban en el entorno universitario.

4.1.3 La masculinidad en el taller

El último arquetipo predominante que destaca Mazo Karras es de la masculinidad artesanal. Bajo este marco de masculinidad, y al igual que hemos visto en otros arquetipos, la masculinidad viene por medio de la oposición y la dominación a otros individuos, especialmente hombres, pero también mujeres. Aunque, a diferencia de como sucede en la masculinidad en las universidades, no se hacía tanto énfasis en la negación de la feminidad, era una masculinidad definida en gran medida por la oposición a los valores de la infancia. Como hemos visto en el tercer capítulo, la edad no implicaba adultez, y en cada arquetipo podemos establecer una serie de elementos que son fundamentales para alcanzar la madurez masculina. El acceso a la propiedad, a tener un taller propio, la independencia y bonanza económica eran los elementos imprescindibles para alcanzar la masculinidad plena, el mayor estatus dentro de este espacio social, la posición de maestro artesano.²³

El maestro no solo era dueño de un taller, también era cabeza de familia, otro elemento indicador de masculinidad adulta, pero no solo ejercía el control sobre el núcleo familiar, sino también sobre el taller. Normalmente el maestro vivía con su familia en el taller, por lo que la esfera familiar y la esfera del taller se entremezclaban.

²³ R. Mazo Karras, *From boys to men*, pp. 110

De esta forma, la estructura familiar se reproduce de cierta forma en el taller, en el que el único hombre completamente adulto era el maestro. Hay que distinguir entre la figura del aprendiz y la del trabajador, normalmente los aprendices se iniciaban jóvenes en el oficio y entraban en un proceso de profesionalización que tenía como objetivo que estos jóvenes escalasen en posiciones dentro del taller, hasta llegar a ser maestros algún día o creasen sus propios talleres. Estos aprendices se procedían de un sustrato social similar al de los maestros, la diferencia estaba en la edad y posición social. Para ser admitido como aprendiz, la familia del joven debía pagar al maestro del taller por la educación, se trataba de un contrato entre familias, en el que el maestro se debía comprometer a tratar al aprendiz como parte de su propia familia y proporcionarle techo, comida y educación en el oficio. Había distintos tipos de aprendizajes, unos más beneficiosos que otros, en los que había más posibilidades de recibir una mejor educación, facilitando así la escalada hacia la maestría.²⁴

Pero para la mayoría de los que trabajaban en el taller era bastante complicado convertirse en maestro de un taller y escalar posiciones más allá de trabajadores, la mayoría nunca llegaban a conseguirlo. Lo que para algunos era un estatus temporal de aprendiz en la escalada hacia la madurez masculina, para muchos era un estatus permanente.²⁵ Esta situación implicaba cierta problemática, pues muchos trabajadores nunca podían alcanzar la plena masculinidad al quedarse encallados en la misma posición. Para estos hombres que no eran hombres del todo, el papel del grupo era fundamental. Estos grupos estaban vinculados a los oficios y formados por jóvenes (entre los 15 y los 30 aproximadamente), los trabajadores de un mismo oficio formaban bandas, que en caso de abusos por parte de los maestros podían ofrecer cobertura. Aunque como hemos visto, la violencia también estaba muy presente en estos grupos. Eran frecuentes las peleas entre diferentes bandas y contra la autoridad, aunque Mazo Karras destaca entre estas violencias las agresiones sexuales, que como también hemos visto, eran muy comunes.²⁶

²⁴ R. Mazo Karras, *From boys to men*, pp.119

²⁵ J.P.J. Goldberg, "Masters and men in Late Medieval England", en Dawn Hadley (ed.) *Masculinity in Medieval Europe*, New York, Routledge, 1999* 2014, pp.58

²⁶ R. Mazo Karras, *From boys to men*, pp. 149

4.2 Cultura de la violencia

En primer lugar, hay que aclarar que en la Edad Media había una percepción muy distinta de la violencia a la que tenemos hoy en día. Hemos visto a través de varios ejemplos como la violencia estaba muy ligada a la masculinidad, y como impregnaba la cultura, en la literatura, en la educación y en la vida sexual de muchos jóvenes. La violencia estaba muy arraigada en la mentalidad medieval, estaba normalizada e incluso era vista como algo necesario e inevitable.

A pesar de esto, la violencia permitida tenía límites. Analizaremos estos límites mediante la obra de Robert Muchembled, *Una historia de la violencia. Del final de la Edad Media a la actualidad*. En esta obra, Muchembled hace un recorrido sobre la violencia desde la Edad Media y analiza la evolución que ha sufrido en cuanto a cómo se percibía y cómo y quién la ejercía.²⁷ Deja claro desde el principio que ciertamente la violencia estaba muy normalizada y extendida, pero dentro de unos límites. Las formas de violencia extrema sí que eran intolerables al ser percibidas como un ataque, una amenaza, al marco moral establecido y podían conllevar penas duras como la muerte, hablamos de crímenes como el asesinato por venganza u odio, el parricidio, etc. Estos crímenes estaban contemplados en los sistemas legales bajomedievales, en Países Bajos se les denominaba “villanías” y en Castilla “delitos atroces”. Aunque estos delitos se castigasen con dureza los demás crímenes violentos, incluyendo el homicidio, eran tratados con indulgencia, solían conllevar multas económicas y una compensación a los familiares de la víctima. La alta tolerancia a la violencia apunta a una normalización de la misma, no solo no se trata de un tabú, sino de un valor positivo que juega un papel muy importante en las estructuras jerárquicas de la Edad Media.

Como ya hemos visto en anteriores capítulos, la violencia y la juventud iban de la mano estrechamente, según Muchembled, los jóvenes eran los más propensos a ejercerla. Al encontrarse en proceso de crecimiento hacia la masculinidad tendían a desmarcarse lo máximo posible de los valores femeninos, demostrando así su virilidad para un día poder reemplazar el papel de sus padres en la sociedad. Según los registros

²⁷ Robert Muchembled, *Una historia de la violencia. Del final de la Edad media a la actualidad*, Madrid, Paidós contextos, 2010

consultados por Muchembled, en Inglaterra durante el siglo XIII, un 91% de los imputados por homicidio y un 80% de las víctimas eran hombres, y en concreto hombres jóvenes.²⁸ Estos datos ponen en valor varios aspectos que se han ido comentando a lo largo del trabajo. En primer lugar, y más evidente, que la violencia estaba asociada a la masculinidad, eran los varones quienes la ejercían y era propio de ellos ejercerla. Por otra parte, que era más común que la violencia se ejerciese contra otros hombres, ahí se aprecia el papel fundamental de la violencia en las relaciones jerárquicas entre varones. Y por último, tal y como Muchembled apunta que al estar la violencia asociada en exclusiva a los hombres, el perfil de mujer violenta era insólito y rompía con los esquemas de roles de género. Por esa razón, cuando se daban estos casos las condenas solían ser más duras, 1 de cada 3 mujeres condenadas era ejecutada frente a 1/5 de hombres condenados y ejecutados. En proporción se ejecutaban más mujeres que hombres.²⁹

Muchembled también sitúa la violencia como una vía de escape a las frustraciones que implica no tener acceso, o tener acceso parcial, al poder y la sexualidad, ambos pilares, como ya hemos visto, de la masculinidad a la que aspiran. Estos no eran los únicos motores de la violencia juvenil, pues como también hemos visto, el papel del grupo tenía mucho peso. Aunque ya se ha hecho una ligera aproximación a las bandas juveniles, vale la pena indagar un poco más en el papel de la violencia dentro del grupo. Elisabeth Crouzet-Pavan recalca en “Una flor del mal: los jóvenes en Italia Medieval (siglos XIII al XV)” en *historia de los jóvenes* el papel del grupo en la violencia juvenil. Las bandas cometían bastantes desordenes violentos que en mayor o menor medida suponían una amenaza al conjunto de la sociedad, a pesar de esto eran bastante toleradas. Crouzet-Pavan hace especial hincapié en las agresiones de carácter sexual, que eran bastante comunes en estos grupos. Se producían una media de una o dos ataques sexuales al mes, y en Venecia llegaban a participar uno de cada dos jóvenes de la ciudad. Ella interpreta estas violaciones en grupo como un rechazo al orden matrimonial y como un rito entre las pandillas para fortalecer los vínculos entre sus miembros. Aunque también las agresiones sexuales tenían un claro elemento de reafirmación de la virilidad dentro del grupo y de rechazo frontal a los valores femeninos, algo que también hemos podido apreciar en los casos de violaciones por

²⁸ R. Muchembled, *Una historia de la violencia*, pp. 71

²⁹ R. Muchembled, *Una historia de la violencia*, pp.71

parte de jóvenes universitarios. Los desórdenes de las bandas no se limitaban a las agresiones sexuales, la violencia contra las fuerzas del orden también era vista como una proeza viril, un ataque contra el orden establecido y contra la sociedad que les negaba acceso al poder, a la madurez masculina. Igualmente, eran muy comunes las vejaciones gratuitas, los robos y demás actos violentos por parte de las bandas, que responderían a unos motivos similares a los de las formas de violencia anteriormente desarrolladas; de reafirmación de virilidad frente al grupo; como medio de ataque contra el orden establecido que retraba la masculinidad madura de los jóvenes.³⁰

Toda esta serie de elementos pone en valor que no solo existía una cultura de la violencia, sino que estaba especialmente vinculada a la juventud. Aquello que en la época se consideraba irreflexión, imprudencia y vitalidad juvenil, era en realidad una cultura centrada en la violencia, que inculcaba progresivamente, a diversos niveles y en diversos ámbitos, en los jóvenes la violencia como un valor necesario y positivo para poder alcanzar la masculinidad plena.

5. Conclusión

A lo largo de este trabajo se ha puesto en relieve que la realidad de la masculinidad en la Edad Media era muy diversa, que estaba sujeta a múltiples variables que dificultan la tarea de establecer un horizonte único que abarque la masculinidad en general. De la misma forma que se han desarrollado varios arquetipos masculinos bastante representativos, el arquetipo del caballero, la masculinidad en las universidades y la masculinidad en el taller, y que es notoria la disparidad de valores entre estos, había otros muchos tipos de masculinidades menos representativas que no se han desarrollado. El estudio se ha centrado en masculinidades asociadas al entorno urbano y a estratos altos de la sociedad, que inevitablemente han trascendido en la memoria colectiva por encima de otros arquetipos masculinos. Se podrían identificar numerosas y diversas formas de ser hombre si se pusiese el foco en estratos más bajos de la sociedad, en zonas más rurales y en otros espacios geográficos, como podría ser Europa central u

³⁰ Elisabeth Crouzet-Pavan "Una flor del mal: los jóvenes en la Italia medieval (siglos XII al XV) en Giovanni Levi y Jean-Claude Schmitt (coord.) Historia de los jóvenes I. De la antigüedad a la Edad Moderna, Taurus, 1996, pp. 234

Oriente. Pero para hacer un estudio de estas características se necesitaría un trabajo mucho más amplio y exhaustivo que el propio de un trabajo de final de grado. A pesar de las limitaciones de este trabajo, se puede deducir que el espectro de las masculinidades Medievales era muy variado y rico.

Aunque haya quedado patente la diversidad de valores y elementos a los que estaban sujetas las masculinidades, una serie de elementos concretos se repiten en los esquemas de valores masculinos. Hemos visto que en todos los sistemas de valores masculinos la violencia tenía un papel fundamental. Especialmente en los momentos de formación de la masculinidad, durante la juventud. La violencia comenzaba a inculcarse a los hombres a muy temprana edad y constituía un elemento central en sus dinámicas de socialización, era una forma de reivindicar su propio estatus y autoridad, tanto en el grupo como a ojos del resto de la sociedad. En cuanto a las dinámicas de socialización entre hombres y mujeres, la violencia suponía una constante que no se veía limitada solo a la juventud. Aunque cabría diferenciar la violencia ejercida fuera el ámbito matrimonial, más propia de la juventud, y dentro, resulta innegable que estas relaciones estaban marcadas por una violencia estructural. A pesar de que la tendencia a la violencia se mantenía, sobre todo en el ámbito familiar, una vez alcanzada la masculinidad adulta, es cierto que era una violencia quizás menos exacerbada en general. El estatus de hombre adulto estaba definido por el control sobre otros individuos, por la autoridad. Durante la juventud hemos visto como la violencia era una forma de intentar alcanzar la ansiada masculinidad, y una vez alcanzada la masculinidad adulta, el hombre, ahora desde una posición de autoridad, tenía en su mano la posibilidad de ejercer la violencia legítimamente, con ciertos límites, sobre los individuos que se encontraban bajo su esfera de influencia.

La autoridad como elemento central de la masculinidad se aprecia claramente en la estructura familiar y en el papel del padre en la misma. También lo hemos visto en la figura del monarca, en como los valores que encarna legitiman su autoridad, y al mismo tiempo la autoridad que ostenta reafirma su masculinidad. Aunque los medios por los cuales se confirme la autoridad varíen de un arquetipo a otro, la plena masculinidad en estos arquetipos implica autoridad, control sobre otros individuos. En el caso de la masculinidad asociada al taller, la autoridad se alcanza mediante la independencia económica y el control sobre los miembros del taller. La masculinidad en las universidades también implica autoridad, sobre otros hombres por medio de la razón, y

por medio del sexo y la violencia sobre las mujeres, aunque este no sea un elemento exclusivo de este arquetipo masculino. Por otra parte, en el arquetipo del caballero autoridad se confirma claramente por medio de la violencia, el poder físico y militar del caballero.

En definitiva, se podría decir que la masculinidad, a pesar de que era bastante diversa, estaba marcada por esquemas de valores que implicaban dinámicas de comportamiento violentas, que tenían como objetivo el control sobre la mujer y sobre otros hombres. Estas dinámicas de control se aprendían y replicaban durante la juventud, y terminaban por solidificarse cuando el individuo alcanzaba la masculinidad plena y adulta, traducéndose en una posición de autoridad y control sobre otros individuos.

6. Bibliografía

A. Lees, Clare (ed.), *Medieval Masculinities. Regarding men in the Middle Ages*, Series editors, Minneapolis, 2015

Crouzet-Pavan, Elisabeth, “Una flor del mal: Los jóvenes en la Italia medieval (siglos XIII al XV)”, en Giovanni Levi y Jean-Claude Schmitt (coord.) *Historia de los jóvenes I. De la antigüedad a la Edad Moderna*, Taurus, 1996,

De Ussel, Iglesias, Trinidad Requena, Julio y Antonio (coord.), *Leer la sociedad. Una introducción a la Sociología general*, Tecnos, Madrid, 2010 (ed. or. 2005).

E. Hatty, Suzanne, *Masculinities, violence and culture*, Series editors, Minneapolis, 2000

Fletcher, Christopher, “Virilidad, dignidad regia y lo público en la Inglaterra bajomedieval”, *Anales de Historia Antigua, Medieval y Moderna*, vol. 47, 2013

García Herrero, María del Carmen, *Los jóvenes en la Edad Media. Estudios y testimonios*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2018, pp. 151-159

García Herrero, María del Carmen, “La marital corrección: un tipo de violencia aceptado en la Baja Edad Media”, *Zaragoza, Clio & Crimen*, n° 5 (2008), pp. 39-71

García Herrero, María del Carmen, “Mocedades diversas: hacia un estudio de la juventud en la Baja Edad Media”, 2015, *Memoria y civilización*, n° 14, pp. 9-34

Hadley, Dawn (ed.), *Masculinity in Medieval Europe*, New York, Routledge, 2014 (primera edición en 1999, edición en uso 2014)

Mazo Karras, Ruth, *From boys to men. Formations of masculinity in Late Medieval Europe*, University of Pennsylvania, Philadelphia, Penn, 2003

Montero Villarejo, Juan Carlos, “Sir Gawain and the Green Knight y la restauración literaria de un héroe artúrico: de las artes venandi al romance caballeresco”, *Anteojos de estudios Clásicos, Medievales y Renacentistas*, vol. 15, Santiago, 2018

Robert Muchemblad, *Una historia de la violencia. Del final de la Edad media a la actualidad*, Madrid, Paidós contextos, 2010

Silvia Alfonso Cabrera, “Juegos y juguetes infantiles en el arte Medieval”, Universidad Complutense de Madrid, Departamento de Historia del Arte I (Medieval), 2016